



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.036

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

MIÉRCOLES 17 DE ABRIL DE 1895

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letra de fácil corso.—corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

PARA HUERTAS Y JARDINES.

PUEBTAS DE MURCIA, PLAZA DE CASTELLINI.

Azadones comunes, azadones estrechos para viñas, legones, palas, picos de hacha, picazas, plantadores, azadillas para jardín y azadillas sacadores de plantas, rastros de dientes, horquillas, tijeras para podar, guantes metálicos de malla, fuelles azufradores para viñas, arados, vertederos, grifos y válvulas, tapones para balsas, desgranadoras de maíz, bombas económicas y bombitas para jardín, juegos de herramientas de jardín para señoras y niños, espino artificial para vallas, bancos rústicos fijos, sillas y bancos plegadizos y mesitas para jardín.

Todo el herramental es de acero y los precios son extremadamente económicos.

CARIDAD.

Continúa la lista de socorros dados a las familias de los naufragos del «Reina Regente.»

Importaban las relaciones anteriores 540 pesetas.

CARTAGENA.

Real 32, primero. Gregoria Polo Micó, viuda del primer escribiente Gustavo Bundo Pérez. Tiene un hijo de 20 años marino y una niña de 9. Mantiene a su madre viuda. 15 pesetas.

San Esteban 42. Josefa García Vázquez, viuda del fogonero de primera Prudencio de San Leandro. Vive con su madre ciega. 10 pesetas.

San Cristóbal Larga 32. Agustina Vera Pagán, madre del fogonero de segunda José Sanmartín Vera. 10 pesetas.

Villa 25. Ana Puche Hernández, viuda del fogonero de primera Ginés Escarabajal Hernández. Tiene tres hijos de 12, 3 años y nueve meses 10 pesetas y 5 a la madre del mismo. La viuda se encuentra en Fuente-Alamo.

Villa 11. Josefa Bermudez Tomás, viuda de Pedro Vidal Egea, fogonero de primera. Tiene una hija de 11 años. 10 pesetas.

Calle del Pozo 10. María Melgar Ríos, viuda de Francisco Rodríguez Roig, criado particular del primer comandante del «Reina Regente.» Tiene una hija de 8 años, 10 ptas.

Adarve 16, segundo. Isabel Gil Pastor, madre del aprendiz maquinista Jaime Aguiló y Gil. Vive con su marido de 60 años y una hija casada. 10 pesetas.

D. Gil 7, segundo. Vicenta Pastor Pérez, viuda del cabo de mar Alvaro Ors. Tiene dos niñas de 9 y 6 años, 10 pesetas.

Concepción 59. Josefa Soler Campos, madre de José Suc y Soler, aprendiz de artillero de mar. Tiene una hija de 14 años. 10 pesetas.

Real 38. Juana García Ruiz, madre del fogonero de segunda Miguel Rubio Ruiz. Tiene una hija casada, 10 pesetas.

Gerónima Ibañez, viuda del tercer contramaestre Matías Lloret. Tiene cuatro hijos el mayor de 10 años y el menor de tres meses. No tiene parientes. 15 pesetas.

CANTERAS.

Ginesa García Sánchez, viuda

del fogonero de primera Pedro Cortés Cegarra. Tiene cuatro hijos de 19, 17, 5 y 2 años. Vive con su padre impedido. 15 pesetas.

SAN ANTONIO ABAD.

Angeles Buendía Giménez, madre del fogonero de primera Salvador Navarro Buendía. No tiene más recursos que los que le enviaba su hijo. 10 pesetas.

Total repartido hasta ayer 690 pesetas.

Cantidad recaudada hasta ayer. 3751'99

Cantidad repartida hasta ayer. 690

Quedan por repartir 3061'99

¡Vivan las campanas!

Cuando el espolique oyó donde había que conducir al viajero, movió la cabeza y replicó que no en redondo. ¿Atravesar la sierra en Viernes Santo? El establecimiento de baños termales a que el enfermo se dirigía hallábase enclavado en la misma garganta, paso único de la cordillera y por ende en el corazón de la montaña; era de todo punto necesario abismarse en el puerto. ¡Cá, cá! El diablo estaba ya en el pie más



alto, sentado, con los ojos de ascuas clavados en carreteras, caminos, atajos y trochas para no perder un mortal de los que se atreviesen a cruzar las solitarias breñas. ¡Que preguntaran a los pastores! Todos los años le velan en su picaecho desde las tinieblas del miércoles a la resurrección del sábado, grande, inmóvil, negro, espantoso, lúgubre.

Pero al viajero gótico le urgía empezar sus baños, y la prueba era que se ponía en camino sin aguardar la temporada oficial. En su semblante llevaba impresa la justificación de su prisa. Parecía un cadáver con ojos vivos. La necesidad, pues, de calmar sus dolores, de atajar el mal devorante, y de otra parte su desprecupación de hombre de gran capital, refractario a duendes y demonios, impulsáronle a echar mano de un recurso supremo. Dió a oler al espolique un billete de cincuenta pesetas, y la codicia, no sin entablar una lucha formidable en su alma, venció al fin al miedo, y el amedrentado rústico aceptó la comisión.

La primera parte se realizó a pedir de boca. El espolique había echado bien



sus cuentas. Llegaría cayendo la tarde

al balneario, haría noche en el establecimiento y a la manapita se tornaba a la población. En otra época hubiera regresado en plenas tinieblas; se sabía el camino palmo a palmo. Pero a cualquier hora se abismaba en las sombras del Viernes Santo. ¡Para que le cogiera la defenao el demonio! ¡Vade retro! Por la carretera, con su enfermo detrás, caballero en un cuartago de mala muerte y envuelto entre mantas sintió más animoso. Cuidado que no les temía a media docena de ladrones, pero no quería nada con gentes del infierno. Y no nombraba una sola vez al ángel malo sin santiguarse. El viajero, a pesar de su poco humor, no pudo por menos de reírse con escándalo del rústico. ¡Tal vez se creyera que no era cierto! Satan's aprovecha los dos días en que no hay campanas para salir de sus antros de la cordillera unas en ristre. En cuanto oye las de la Pascua se sepulta rugiendo en el seno de la tierra. Agonizaba el crepusculo cuando ambos viandantes posaban su planta en el portalón de la casa de baños.



Poco después de amanecer partió el espolique de regreso a la ciudad. Sierra a través, en un momento se hallaba encontrado en su casa por unos atajos de cabras que él se sabía, pero a pesar de la luz del día no se atrevió y prefirió tomar por la carretera, donde de seguro encontraría por lo menos tragineros y peatones. Lo que es solo, no era el hijo de su madre el que escalaba los riscos, mientras no atronaran los aires los esquileños.

El campo estaba muerto, huido en un silencio absoluto. En vano el viento del equinoccio, eterno enamorado de las torres, venía a dar sus besos de rachas al mechinal de los campanarios para llevarse en las alas por todos los contornos al repique de misa de alba llamando a los fieles. Las iglesias permanecían mudas; dos días tá que no repercutían por hoyados y barrancos, ni salían de entre pobedas y pinnares los sonoros volteos de la esquila llenando el aire de alegres notas de bronce.

Contra lo que él esperaba, no encontró a nadie en la carretera. Todos los



raídos de la naturaleza hacíanle detenerse y mirar receloso, enarbolando el gerrote, sobre todo a las crestas de la garganta. Y faltaba la más negra; subir el monte al otro lado del cual, recostada en la falda se extendía la ciudad. Pero antes había que atravesar unos barrancos que ya tenían pelendengues.

Bien agarrada la capichorra, comenzó a subir. Era la pendiente muy áspera y había que tomarlo con calma. Me nos mal cuando tropezaba con terreno calvo y limpio, pero cada vez que se hundía en un robledal sentía ciertos cosquilleos de pánico en el pecho. Este barranco aquí, salva abismo allá, bala que bala fue ascondiendo, hasta remontarse a la cumbre con felicidad. Aun faltaba, sin embargo, en la otra vertiente una cañada muy sospechosa.

Desde aquella altura se dominaba una inacabable extensión de terreno, velase multitud de publicitos con sus espadañas, esparcidos por el paisaje y heridos por la luz de la clara mañana; casi al pie del monte la ciudad con sus edificios y su mole de la metropolitana flanqueada por sus dos torres góticas finisimas. El espolique abarcó con sus ojos acostumbrados a la distancia el inmenso panorama, consultó luego la hora en el sol, y de pronto... De pronto dió las diez el mazo del reloj de la Catedral; a poco soltó el carrillón sus bullangueras tocatas, empezó a repiquear la campana grande con un badajeo incesante, estridente, estruendoso, como si esperasen la contraseña respon-



dieron con su timbre más agudo las parroquias de la población, salvó el reguero de sonidos los arrabales volando de villa en villa, despertando las esquilas de las otras torres, poblado de repiques valles, barrancos, cerros y mesetas, llamándose con sus lenguas de hierro, contestándose con sus volteos, en un himno inmenso y vibrante que cogía leguas y más leguas; comenzaron a tocar a la vez a Pascua de Resurrección todos los campanarios de la comarca, mientras el rústico gritaba lanzando su sombrero al aire, lleno de alegría:

—Se fastidió Pateta. ¡Vivan las campanas!

ALFONSO PEREZ NIEVA.
(Prohibida la reproducción.)

TIJERETAZOS

Dice un periódico que debe 38 mensualidades a los maestros de escuela el ayuntamiento de Miedes.

¡Qué miedo!

¡Vaya un cuidado que le dan al alcalde Miedes las circulares, órdenes y de más que se ha publicado para obligar el pago de las atenciones de primera enseñanza!

En París, los jueces del tribunal del Sena, se ven precisados a prolongar las vacaciones de pascua por que no hay ningún asunto criminal en que intervenir.

¿Se habrán declarado en huelga los criminales?

Los de Nimes se han empeñado en llevarle la contraria a las autoridades y leyes de su país, y saltando por encima de todo han celebrado una corrida que ha estado superior.

Eso sí, el tribunal de Nimes no ha podido tolerar la desobediencia y ha condenado al alcalde al pago de un franco de multa.

¡Un franco!

¿Quién dudará que hay en Nimes corridas de toros para rato?

Los vecinos del barrio de Argüelles de Madrid van a dar un banquete al alcalde de la villa y corte, no por que haya hecho hasta ahora nada de particular en la alcaldía sino por que le han nombrado alcalde.

Ya se banquetea por cualquier cosa. Cualquier día vamos a recibir una invitación en este sentido:

«El barrendero número 13, único que verifica las operaciones de su instituto con la mano zurda, B. L. M. al señor D. Caralampio Pinchavvas y Tragacantos y tiene el gusto de invitarle al banquete que se celebrará mañana, entre dos luces, en honor de un compañero que, por cuestiones con su suegra, le dió dos patadas a su mujer el domingo por la mañana.

Pencho Pajalarga y Pancorto tiene el gusto de etc., etc....»

En esto del banqueteo vamos al infinito.

Si un amigo se despide para Toledo, banquete.

¡Qué más si he recibido una invitación para una fiesta de aquella clase que va a celebrar un amigo por que ha logrado de su casero que le alargue dos pulgadas más a la alcoba!

El colmo de los banquetes.

Buena ha estado la inauguración de la temporada taurina.

En Barcelona, el «Gallo» ha sido volando por un toro.

En Lisboa el «Quinto» ha quedado medio muerto sobre la arena.

Malos preludios son esos, y no llevarán seguramente la tranquilidad a los lidiadores.

El Sr. Elduayén ha ordenado que las cuarenta y siete mil pesetas que se destinaban en su pueblo para elevarle una estatua, sean repartidas entre las familias de los naufragos del «Reina Regente».

He ahí un monumento contra el que el tiempo no podrá nada.

Porque cuando lo olviden los hombres, lo recordará Dios para premiar esa hermosa obra del Sr. Elduayén.

NOTAS

Es gran cosa ejercer la caridad.

Al poner la moneda en la mano del menesteroso, sientense en el corazón regocijos y satisfacciones que jamás se olvidan.

Comisionados en más de una ocasión para llevar socorros ajenos a los desgraciados, hemos conocido miserias espantosas, cuadros aflictivos que partían el alma, y al poner la limosna ajena en manos de los miserables y de los «dignos», hemos sentido subir las lágrimas rápidamente a los ojos, como si se adelantasen a recibir el llanto de agradecimiento de los socorridos.

Creíamos que lo conocíamos todo y nos faltaba conocer lo mas punzante, lo más doloroso, lo más terrible. Aquellos cuadros que presenciábamos cuando el año ochenta y cinco llevábamos a los enfermos de calenturas los socorros de la prensa y del Ayuntamiento, eran nada comparados con los que hoy nos ofrecen las desdichadas familias de los tripulantes del «Reina Regente». Al fin y al cabo en aquella ocasión faltaba el